



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La experiencia democrática latinoamericana ante Israel

Autor: Zea, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1997). La experiencia democrática latinoamericana ante Israel. *Cuadernos Americanos*, 6(66), 11-19.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XI, Núm. 66, (noviembre-diciembre de 1997).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA EXPERIENCIA DEMOCRÁTICA LATINOAMERICANA ANTE ISRAEL

Por *Leopoldo ZEA*

PUDEL, UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

LOS SUCEOS PUESTOS EN MARCHA EN 1989, Bicentenario de la Revolución Francesa, anunciaban un cambio en la historia iniciada en 1492, cuando emergió un continente nuevo y se puso en marcha la globalización imperial que abarcaría a la tierra en su totalidad. Globalización impuesta por Europa y prolongada al Mundo Occidental a partir del centro de poder en América, Estados Unidos. La salida de la competencia armamentista, impuesta por la guerra fría, de uno de sus protagonistas, la Unión Soviética, anunciaba lo que Victor Hugo había anticipado diciendo: "En el siglo xx no se hablará de Francia, se hablará de Europa y en el siglo XXI se hablará de Humanidad". La Europa del Este rompía sin mayor resistencia el dominio impuesto por la Unión Soviética. Se abatían muros y murallas. El llamado Tercer Mundo, por su parte, se aprestaba a participar en la globalización que pondría fin a una política imperial, por una relación igualitaria y solidaria.

La América Latina, al sur del continente asiento del poder del Mundo Occidental, vio que las viejas demandas de autodeterminación de sus pueblos y su derecho a participar en una globalización solidaria podían ser realidad por los sucesos puestos en marcha. Los viejos sueños de democracia expuestos en el pensamiento político de Simón Bolívar como una nación de naciones, cultura de culturas y raza de razas, que José Vasconcelos expresó en su ideal de Raza Cósmica. Raza que no es raza, sino capacidad para reconocer en la diversidad de los otros, la propia e ineludible diversidad.

En el mismo 1989 circula ampliamente el artículo del estadounidense hegeliano Francis Fukuyama, en que habla del fin de la historia para los pueblos que habían alcanzado el máximo desarrollo dentro del sistema capitalista y la historia sin fin para el Tercer

Mundo: Asia, América Latina y África al igual que para la Europa formada bajo la hegemonía del socialismo real, incluida la Unión Soviética. Paradójicamente donde habían caído muros para no dejar salir, se empiezan a levantar muros para no dejar entrar. Se habló del absoluto triunfo del sistema capitalista, liberal, competitivo, cuyo desarrollo había sido interrumpido a lo largo del siglo xx, con dos guerras mundiales y dos revoluciones: la socialista y la nacionalista. Fukuyama hacía suya la dialéctica hegeliana ahora al servicio del líder del sistema supuestamente triunfante: Estados Unidos.

El viejo proceso de democratización de la que se autollamó América Latina, tan viejo como su historia, iniciado en el mismo 1492, tropezaba con un ya viejo obstáculo, el de su poderoso vecino que se declaraba triunfante absoluto de la guerra fría. A lo largo de este proceso iniciado al término de la Segunda Guerra mundial, los reclamos de autodeterminación de los pueblos latinoamericanos, y la no injerencia externa a éste su ineludible derecho, habían sido incorporados perversamente como parte de los reclamos del mundo socialista, bajo conducción de la Unión Soviética, supuestamente encaminados a desestabilizar al llamado Mundo Libre. De esta forma los generosos reclamos de autodeterminación, desde Bolívar a Martí y los hechos en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos en 1776 y en la Revolución de Francia en 1789, pasaban a formar parte de la ideología supuestamente encaminada a frenar al hombre en sus libertades.

“Sostenemos como verdades evidentes —dice la declaración estadounidense— que todos los hombres nacen iguales, que a todos les confiere su Creador ciertos derechos, entre los cuales está la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”. “Y para garantizar estos derechos, los hombres instituyen gobiernos que derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados; que siempre que una forma de gobierno tienda a destruir esos fines, el pueblo tiene derecho a retomarla o abolirla, a instituir un nuevo gobierno que se fundamente en dichos principios y a organizar sus poderes en aquella forma que a su juicio garantice mejor su seguridad y felicidad”. La Revolución Francesa establecía “Todos los hombres son iguales por naturaleza y por ley”. “La Ley es la declaración libre y solemne de la voluntad general, ella es igual para todos”.

Jefferson y Washington, redactores de la declaración estadounidense, poseían esclavos, para los cuales esos derechos les eran ajenos, al igual que lo eran para los salvajes habitantes de las praderas y los pueblos mestizos al sur de sus fronteras. Gente a la que

había que empujar pero sin mezclarse con ellos. A su vez los reclamos hechos por los franceses en la Revolución de 1789 carecían de vigencia cuando los mismos eran enarbolados por gente esclava como la de Haití en 1804. Hiciera lo que hiciera esta gente nunca podría ser considerada como semejante al hombre por excelencia.

La misma arrogancia marginadora, discriminadora, se había hecho patente en los inicios de la emergencia del mundo con el que tropezó Cristóbal Colón el 12 de octubre de 1492. Se empieza por condenar a los originarios de las regiones con las cuales se encuentran españoles y portugueses, condena que se extiende de inmediato a todo nacido en el lugar, indígena, criollo o mestizo. Se les condena al trabajo esclavo o servil, como obligada compensación por la salvación de sus almas, a cargo de los señores a los cuales fueron generosamente encomendados. Pero marginación distinta a la sajona, que proviene del norte de Europa. La primera se origina en la Europa Mediterránea de la que es parte España, que lleva ya su propio mestizaje y con ello capacidad para el gran mestizaje que se iniciará en la región de América bajo su hegemonía, expreso en los ideales asuntivos de Bolívar y Vasconcelos. Frente a la arrogancia y codicia iberas, se enfrentan reclamos hechos a lo largo de cinco siglos que parten de la ineludible experiencia de diversidad para que los pueblos de esta región de la tierra, como todos los hombres, puedan decidir libre y democráticamente sobre la forma de gobierno que garantice su derecho a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.

A la arrogancia y codicia coloniales, iberas, los hombres nacidos en esa región de América que se designa como América Latina se enfrentarán a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII, hasta triunfar definitivamente en el siglo XIX. Pero había que luchar, no sólo contra la Metrópoli, sino también contra los hábitos y costumbres serviles impuestos por la misma para mantener su dominio. El chileno Francisco Bilbao expresa esta lucha y esfuerzos democratizadores diciendo: "Hemos tenido que consagrar la soberanía del pueblo en las entrañas de la educación teocrática". "Hemos tenido que despertar a las masas a riesgo de ser sofocados por la fatalidad de su peso, para iniciarlas en la vida nueva, dándoles la soberanía del sufragio". "Hemos incorporado e incorporamos a las razas primitivas, porque las creemos nuestra sangre y nuestra carne". "No vemos en la tierra, ni en los goces de la tierra, el fin definitivo del hombre y el negro, el indio, el desheredado, el infeliz, el débil, encuentran en nosotros el respeto que se debe al título y la dignidad del ser humano".

Es la América que ya se denomina latina, a mediados del siglo XIX, la que al decir de Bilbao ha roto la losa sepulcral que le impusieron tres siglos de dominio teológico. Se adoptó el nombre de latina porque se encuentra ahora enfrentada a la América al otro lado de las fronteras, la sajona. América Latina de Bolívar, América Sajona de Jefferson que consideraba a su pueblo como un pueblo generosamente apartado por la Providencia por un amplio océano de la brutalidad de revoluciones como la francesa, y por desiertos y praderas al sur de pueblos sin identidad, donde se ha mezclado el español ya mestizado con el africano, el indio y el asiático.

La misma América Sajona que ha iniciado su marcha sobre las regiones que el coloniaje español se ha visto obligado a dejar, para llenar "vacíos de poder" dejados por el coloniaje europeo, que por destino habían de ser para un pueblo incontaminado, blanco, puritano y anglosajón; pueblo cerrado a todo lo que pudiese afectar su segura identidad. Es contra esta América, sajona y puritana, que se alza la voz de Francisco Bilbao.

Es la América que se ha engullido, sin mezclarse, más de la mitad del territorio mexicano y ataca con el filibustero William Walker en Centroamérica para abrir el canal que pueda unir el Atlántico con el Pacífico. En 1898 con la derrota de España, Estados Unidos inicia su marcha imperial hacia todas las direcciones de la tierra para imponer la nueva globalización. Martí, el último insurgente contra el imperialismo español, ve ésta su lucha contra España como guerra civil que la incomprensión y la arrogancia ha obligado a hacer a los latinoamericanos y previene contra el nuevo imperialismo que es extraño.

Otras voces se unen en el siglo XIX y XX a la de Bilbao, como las de Torres Caicedo, Martí, Rodó y Vasconcelos. Estos dos consideraron que la derrota de España de 1898 frente a Estados Unidos es una derrota de América Latina. La derrota inicia la reconciliación de pueblos como la de Iberia en Europa y Latinoamérica. Vasconcelos habla de la ya vieja lucha entre el espíritu exclusivista anglosajón y el espíritu abierto de todos los pueblos de la tierra expresado en la latinidad de la América que lo ha adoptado.

En defensa y contra el afán de Estados Unidos para ocupar los vacíos de poder que dejó el coloniaje europeo, se inicia en México la Revolución de 1910. Revolución nacionalista y antiimperialista que Arnold Toynbee ve como el inicio de una revolución que se extenderá a todo el continente y luego a los pueblos del llamado Tercer Mundo. En 1917 se inicia la revolución socialista en Rusia,

revolución vertical de clases cuyo éxito dará origen a la guerra fría, obligando al hombre a elegir entre su libertad y la justicia que ha de mantener entre los hombres para garantizar esa libertad y soberanía. La Primera Guerra iniciada en 1914 la originó la búsqueda de la hegemonía de las potencias del mundo capitalista. Los imperios en Europa se destruyen entre sí, siendo los Estados Unidos los grandes triunfadores. En 1939 la Segunda Guerra se inicia contra las mismas fuerzas totalitarias creadas para enfrentar al comunismo. En esta lucha quedan paradójicamente aliados estadounidenses y soviéticos. Será a partir de la guerra fría que se enfrentaron en valores del hombre que deberían estar integrados.

El fin de la guerra fría, en 1989, hizo pensar a América Latina que esto pondría fin al perverso involucramiento de las demandas latinoamericanas en esta guerra. No fue así, el fin de la guerra fría fue visto como el triunfo absoluto del sistema encabezado por nuestro poderoso vecino con su plena hegemonía. Así, junto con la ideología marxista, irían al vacío las viejas demandas de autodeterminación de los pueblos de América Latina, esto es, su derecho de hombres a darse libremente las formas de gobierno que mejor conviniesen a sus intereses. Los mismos ideales de la democracia estadounidense y del Mundo Occidental. La resistencia se hizo patente al finalizar 1989, con el brutal castigo al pueblo de Panamá y en 1990 con la Guerra del Golfo. Se trataba de castigar viejos gobiernos aliados que no servían fielmente a su protector. El nunca utilizado armamento de amedrentamiento será útil para escarmantar al nuevo enemigo, el Tercer Mundo, que llevaba al mundo libre el terror, la droga y la desarticulación. Europa, el mundo libre y capitalista necesitaba así la protección del poderoso líder americano.

La historia, sin embargo, seguirá otros caminos, los que los mismos hombres y pueblos han impuesto con sus acciones. Desestabilizada la Unión Soviética, el socialismo real será mandado al vacío por su incapacidad para resolver los problemas sociales sin anulación de la libertad de los hombres. Pero las demandas proteccionistas para mantener su hegemonía por Estados Unidos serían también pronto rechazadas. El supuesto enemigo a enfrentar no justificaba el alto costo que había que pagar para mantener la maquinaria de guerra del protector. Si los pueblos de la Europa del Este habían puesto fin al proteccionismo soviético, ¿por qué habían de mantener este proteccionismo los pueblos de la Europa Occidental? Si los soviéticos regresaban a sus cuarteles, igualmente deberían hacerlo los estadounidenses. En el nuevo mundo que se anunciaba no tenía sentido mantener tal proteccionismo.

Paradójicamente el triunfante mundo del que habló el hegeliano estadounidense Francis Fukuyama como “el fin de la historia”, como el último paso de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como forma de gobierno humano, no incluía a Estados Unidos. Era el triunfo de un mundo cuya economía se basaba en la competencia, en el libre mercado. Estados Unidos, con su sofisticado armamento quedaba fuera de este mercado.

En cambio los pueblos mejor capacitados para elaborar los productos del nuevo mercado, que no son ya los de las armas, centralmente los pueblos que habían sido vencidos en la Segunda Guerra mundial, eran Alemania en la Europa Occidental y Japón en el Pacífico y Asia. Las modernas armas eran ya obsoletas, había entonces que capacitarse para fabricar los utensilios domésticos de una sociedad para la cual la amenaza de la guerra fría había terminado. Pero no basta fabricar, producir, para que esta producción se sostuviese sería menester contar además con consumidores cada vez más capacitados para estimular la producción; gente que al trabajar y producir pudiese consumir en una espiral ascendente que puede ser infinita.

Así lo entendió Japón al hacer de los pueblos que fueran colonias del imperialismo europeo, maquiladores, los cuales al aprender podían también competir y al competir crecer y con ello potenciar a sus mismos estimuladores. Los maquiladores se convirtieron en tigres que saben ya de las posibilidades de la competencia que estimule pero no destruya. Así entra China, que sin abandonar su ideología socialista va formando no ya tigres, sino poderosos dragones que en conjunto pesan ahora en el destino del mundo contra las profecías de Fukuyama.

Estados Unidos, con su poderoso armamento, cuyo uso resulta extremadamente costoso para ser compartido, se encontrará, junto con la Unión Soviética, desplazado de la triunfante economía de mercado, tanto en Europa como en Asia. ¿Qué hacer? Habrá que ver con otros ojos a los más de quinientos millones de latinoamericanos al sur de sus fronteras. No ya como el traspatio de su dominio, sino como el posible mercado en la economía en la que ineludiblemente tienen que participar. Pero gente pobre no consume, es mal mercado. Entonces habrá que estimular el desarrollo, compartir la capacidad de productividad para generar los empleos que hagan de esos pueblos buenos consumidores. A mayor desarrollo, mayor consumo y mayor capacidad para un mayor desarrollo que de esta forma podrá ser sostenido.

Por necesidades propias de nuestro poderoso vecino, Estados Unidos pone en marcha un Tratado de Libre Comercio que abarcará la totalidad del continente. ¿No sería ésta la nueva y extraordinaria posibilidad para hacer realidad los ideales democráticos latinoamericanos expresos en los Bolívar y Vasconcelos? Estados Unidos, como Europa Occidental, no necesitan ya de materias primas baratas que la reconversión industrial les pueda hacer más accesibles, tampoco de brazos para explotar lo que el robotismo hace más fácil. Lo que no se puede eludir es la obligada capacidad de hombres y pueblos para consumir lo que se produce. Sin esta capacidad, la producción, por sofisticada que sea, se irá al vacío de la historia que Fukuyama imaginó para otros pueblos y no el propio.

La globalización que se anunciaba en la conmemoración del Bicentenario de la Revolución Francesa en 1989 que hacía de la misma una revolución que abarcaría a toda la Humanidad y de la cual era expresión acrecentada, al decir de Gorbachov, la revolución socialista en la Rusia de 1917, se perfilaba con la globalización que tomaría el lugar de la iniciada en 1492. Globalización en la que todos los pueblos de la tierra, sin discriminación alguna de raza, cultura, religión, nacionalidad, se sintiesen incorporados para algo que podía ser realidad en este nuevo siglo y nuevo milenio que se avecina.

La posibilidad plena de esta globalización está, sin embargo, siendo enfrentada por gente empeñada en la vieja globalización imperial. En la Europa Occidental hay resistencia a la ineludible presencia de etnias y culturas que ellos mismos llevaron a su ser, como se resisten a compartir con la Europa del Este una prosperidad que consideran es de su exclusividad. Para supuestamente mantener esta prosperidad, se da la desocupación laboral y la limitación de la ayuda social anulando así la ineludible fuerza del desarrollo para esa economía que es el consumo. Sin anular a la Europa Occidental, participando activamente con sus inversiones en los grandes mercados asiáticos, que es la misma economía de mercado que se está haciendo posible pero con otro enfoque.

El Tratado de Libre Comercio imaginado y puesto en marcha por el republicano George Bush, continuado por el demócrata William Clinton, encuentra fuerte oposición en quienes sueñan con volver a imponer la vieja globalización imperial. ¿Qué necesidad tiene Estados Unidos de comprometer su exclusivo desarrollo con pueblos pobres, miserables, que nada han hecho por él? ¿No basta con tener a esta gente en las propias entrañas para abrir la economía

a pueblos igualmente extraños al sur de las fronteras? Hay que limitar la presencia de los que ya están dentro y levantar altos muros para los que quieren entrar de fuera. ¿Invertir en pueblos al otro lado de la frontera estadounidense? ¿Y para ello dejar sin trabajo a la gente que con su esfuerzo ha logrado el desarrollo y prosperidad alcanzados?

La América Latina, centralmente México como frontera del poderoso y mezquino vecino que ahora es ya frontera de otros pueblos a lo largo de la tierra, encuentra fuertes obstáculos una vez más para alcanzar su propio e ineludible desarrollo y con ello la democracia que deje de mantenerlo a la defensiva. México, y con México el resto de la América Latina, no sólo tiene que enfrentar la resistencia externa al cambio de la globalización imperial por una globalización solidaria que estimule el propio crecimiento. También tiene que enfrentar la resistencia a una globalización de desarrollo compartido, tanto de las fuerzas más reaccionarias, ultraconservadoras, de los Estados Unidos, como de las fuerzas que en México, Latinoamérica, no quisieran ver afectadas situaciones de ventaja de la vieja dependencia. Igualmente fuerzas de la izquierda nacionalista, que reclamaban el derecho de autodeterminación y que fueron involucradas en la ideología comunista en la guerra fría para luego ser enviadas al vacío con la desarticulada ideología. A esto se suma en México la resistencia del organismo concertador de la revolución triunfante creada en 1929 para estabilizar e institucionalizar a la misma. Resistencia al cambio dentro de este organismo y resistencia, a su vez, de quienes no fueron suficientemente privilegiados con las ventajas de este sistema. La democracia mexicana, latinoamericana, una vez más enfrentada a fuerzas externas e internas que como fuertes tenazas amenazan su posibilidad.

Raza de razas, cultura de culturas, nación de naciones, tales son los ideales democráticos de los hombres que en esa región de América la denominan latina. Ideales que han sostenido como inalcanzable utopía. Sin embargo fue en una cuenca marítima, el Mar Mediterráneo, que la historia hizo posible esa ineludible relación de razas y culturas originando naciones. El Mediterráneo que baña tanto el sur del Continente Europeo como el norte de África y el oeste del Asia. Aquí en esta cuenca mediterránea los griegos con su helenidad y los romanos con su latinidad supieron ver e intentaron, sin renunciar a su poder y codicia, la integración de esa multiplicidad de expresiones del hombre que darían permanencia a lo que por el dominio imperial había sido logrado. El Mediterráneo con pueblos que son parte de esta región en el extremo occidental del Asia,

madre a su vez de razas, culturas y naciones. Fueron pueblos de esta región, al mismo tiempo mediterránea y atlántica, los iberos, quienes en su expansión llevaron al continente con el que tropezaron, su propio mestizaje y el sueño que no era sueño, sino realidad cuya presencia planteará a esta región de América problemas de identidad que ya parecen superados, que se llamará a sí misma latina.

La América Sajona es la que se enfrenta al mestizaje para mantener su peculiar y limitada identidad, empujando al mismo tiempo fronteras para abastecerse con sus pueblos pero sin mezclarse. Se niega a verse envuelta, absorbida, en esa raza de razas que Vasconcelos llamó Cósmica, en la cultura de culturas que absorbió la propia y menos aún en la nación de naciones con la que soñaba Bolívar.

Sin embargo, en su expansión, esta América, como el llamado Mundo Occidental del que fue absoluto conductor, no han podido evitar que por debajo de esas murallas avanzaran sin mezclarse y tengan ya dentro de sí esa multiplicidad e ineludible diversidad de lo humano amenazando a su mezquina identidad e intereses. Estados Unidos, como la totalidad de los pueblos al otro lado de la Europa Mediterránea, tienen ya dentro de sí esa raza de razas, cultura de culturas que les va condicionando la plena realización del sueño democrático de la región que se autodenomina latina. Ya se hacen presentes otros Estados Unidos sin dejar de ser Estados Unidos, unos Estados Unidos más amplios y más ricos en raíces y capaces de aceptar la diversidad de lo humano, porque tienen dentro esa diversidad. Posibilitando así una democracia abierta sin discriminación de ninguna especie que haga del Continente Americano y de toda la tierra lo que se inició naturalmente, por historia en esa región de la tierra bañada por el Mediterráneo.

Es en este sentido que considero que Israel con sus diásporas y holocaustos ha sido llevado a todos los confines de la tierra para convivir con la diversidad de las expresiones de lo humano, afirmando la propia. Es esta extraordinaria experiencia la que ha de ser el motivo de la integración de esta región por encima de los viejos intereses imperiales que se han impuesto a lo largo de la tierra pero ahora en obligada retirada. Esta región en la que convergen razas y culturas, en la que se han formado naciones que ahora han de emerger con plenitud en una relación que ha de ser solidaria y no más de dependencia garantizada por imperialismo alguno.